

y del *Cántico*; y como, finalmente, en el *Pentateuco* aparecen muchas cosas que no pudieron ser escritas por Moisés, se sigue que nadie afirma con fundamento, sino totalmente contra la razón, que Moisés es el autor del *Pentateuco*.

Quizá alguien me pregunte ahora si acaso no escribió Moisés, aparte de eso, también las leyes, cuando le eran reveladas por primera vez. Es decir, si en el espacio de cuarenta años no escribió ninguna de las leyes que dio, aparte de aquellas pocas que ya he dicho que estaban incluidas en el libro del primer pacto. A esto respondo lo siguiente. Aun cuando concediera que parece acorde con la razón que Moisés pusiera por escrito las leyes en el mismo momento y lugar en que, de hecho, las comunicó al pueblo, niego que nos esté permitido afirmarlo por ese motivo. Porque más arriba hemos demostrado que no debemos establecer sobre temas similares nada más que aquello que consta por la misma Escritura o que se derive como consecuencia lógica de sus solos principios, pero no porque parezca conforme con la razón¹⁹⁹. Aparte de que tampoco la razón nos obliga a afirmarlo así; puesto que quizá el senado comunicaba por escrito al pueblo los edictos de Moisés, que coleccionó más tarde el historiador y los insertó debidamente en la historia de la vida de Moisés.

Dicho esto sobre los cinco libros de Moisés, ya es tiempo de que examinemos los demás. En cuanto al libro de *Josué*, se prueba con razones similares que no es autógrafa. En efecto, es otro el que afirma que la fama de Josué se había extendido por toda la tierra (6, 27), que no omitió nada de cuanto había mandado Moisés (8, 35; 11, 15), que envejeció y convocó a todos en asamblea, y que finalmente expiró. Por otra parte, también se narran algunos hechos que tuvieron lugar después de su muerte. Por ejemplo, que, después de su muerte, los israelitas veneraron a Dios mientras vivieron los ancianos que lo

¹⁹⁹ Cfr. cap. VII, espec. pp. 98-9.

habían conocido²⁰⁰. Y en 16, 10 se dice que (Efraim y Manasés) *no expulsaron al cananeo que vive en Gazer, sino (añade) que el cananeo habitó en medio de Efraim hasta el día de hoy y pagó tributos*. Lo cual coincide con lo que se cuenta en *Jueces*, 1; e incluso la forma de hablar, *hasta el día de hoy*, muestra que el escritor relata un hecho antiguo. Parecido a éste es también el texto de 15, 63, relativo a los hijos de Judá, y la historia de Caleb de 15, 13 ss. Y también aquel caso, que se cuenta en 22, 10 ss., sobre las dos tribus y media que levantaron un altar más allá del Jordán, parece que sucedió después de la muerte de Josué; puesto que en todo ese relato no se menciona para nada a Josué, sino que sólo el pueblo delibera sobre si hace la guerra, envía legados y espera su respuesta y, finalmente, la aprueba. Y en fin, de 10, 14 se sigue claramente que este libro fue escrito muchos siglos después de Josué, ya que se expresa así: *no hubo, ni antes ni después, un día en que Dios obedeciera (así) a alguien, como aquel día, etc.* Por consiguiente, si Josué escribió jamás algún libro, fue sin duda aquel que se cita en 10, 13, dentro de esta misma historia.

En cuanto al libro de los *Jueces*, no creo que nadie que esté cuerdo, esté convencido de que fue escrito por los mismos *Jueces*. En efecto, el epílogo de toda la historia, que se halla en el capítulo 21, muestra claramente que todo el libro fue escrito por un solo historiador. Y como, además, su redactor advierte reiteradamente que, en aquella época, no había rey en Israel²⁰¹, no cabe duda que fue escrito después que los reyes hubieran ocupado el poder.

Respecto a los libros de *Samuel*, tampoco hay por qué detenernos mucho, puesto que la historia narrada acontece mucho después de haber vivido él. Quisiera, sin embargo, señalar que este libro fue escrito muchos siglos después de Samuel, puesto que en *I Samuel*, 9, 9 el historiador advierte, en un paréntesis: *antiguamente en*

²⁰⁰ Cfr. *Josué*, 23-4, espec. 23, 1-2; 24, 1, 25-31.

²⁰¹ Cfr. *Jueces*, 17, 6; 18, 1; 19, 1; 21, 25.

Israel, cuando cualquiera iba a consultar a Dios, decía, así «vayamos al vidente», ya que el que ahora se llama profeta, se llamaba antiguamente vidente.

Finalmente, los libros de los Reyes han sido extraídos, como consta por ellos mismos, de los libros de los hechos de Salomón (ver *I Reyes*, 11, 41), de las *Crónicas de los reyes de Judá* (ver 14, 19 y 29) y de las *Crónicas de los reyes de Israel*²⁰².

Concluimos, pues, que todos los libros que hemos examinado hasta aquí, son apógrafos²⁰³ y que los hechos en ellos contenidos son narrados como antiguos.

Si nos fijamos ahora en la interrelación y en el argumento de todos estos libros, fácilmente colegiremos que todos ellos fueron escritos por un mismo historiador que ³⁰ quiso escribir la historia antigua de los judíos, desde su origen hasta la primera destrucción de la ciudad. Estos libros están, en efecto, tan concatenados unos con otros, que eso solo nos permite reconocer que no contienen más que un relato único de un solo historiador. Y así, tan pronto termina de contar la vida de Moisés, pasa a la historia de Josué de esta forma: *y sucedió que, después de morir Moisés, siervo de Dios, dijo Dios a Josué, etc.* Y, tras haber contado la muerte de éste, ^[126] comienza la historia de los Jueces haciendo una transición y una conexión similar: *y sucedió que, después de la muerte de Josué, los hijos de Israel pidieron a Dios, etc.* Y a este libro conecta el libro de *Rut* como un apéndice: *y aconteció en aquellos días en los que juzgaban los Jueces, que había hambre en aquella tierra.* Al libro de *Rut* conecta del mismo modo el primer libro de *Samuel* y, una vez concluido, pasa al segundo mediante la transición usual. A este libro une el primer libro de los *Reyes*, donde sigue narrando la historia de

²⁰² Cfr. *I Reyes*, 14, 19; 15, 31, etc.

²⁰³ Los términos «autógrafo» (título del capítulo) y «apógrafo» (en el sentido exacto de p. 126/26: escrito «después» de los hechos) provienen de Peyrère: cfr. J. H. Kraus (*supra*, nota 183), p. 56.

David, que había quedado sin terminar en aquél, y al primero añade el segundo utilizando la misma conexión²⁰⁴.

Además, la estructura y el orden de las historias indican también que hubo un solo historiador, el cual ¹⁰ se fijó un objetivo determinado. Comienza contando el primer origen de la nación hebrea y cuenta después, siguiendo un orden, con qué ocasión y en qué épocas dio Moisés leyes al pueblo y predijo en ellas muchas cosas²⁰⁵; cómo, después, según las predicciones de Moisés, invadieron los hebreos la tierra prometida (ver *Deuteronomio*, 7) y, una vez poseída, dieron de lado a las leyes (*Ib.*, 31, 16), y cómo por eso les vinieron muchos males (*Ib.*, 17); cómo, a continuación, quisieron elegir reyes (*Ib.*, 17, 14) y les fue bien o mal, en la medida en que guardaron las leyes (*Ib.*, 28, 36 y 69); hasta ²⁰ contar, finalmente, la ruina del Estado, tal como la predijera Moisés. Todo lo demás, que no sirve para confirmar la ley, o lo silenció totalmente o remite para ello al lector a otros historiadores. Por consiguiente, todos estos libros se orientan a un solo objetivo, a saber, enseñar los dichos y los edictos de Moisés y demostrarlos con hechos reales.

Si valoramos, pues, simultáneamente estas tres observaciones, a saber: la sencillez del argumento de todos estos libros, su conexión mutua y su carácter apógrafo (escrito muchos siglos después de que sucedieran los hechos), concluimos, según acabamos de decir, que todos ellos fueron escritos por un solo historiador.

Quién haya sido éste, sin embargo, no puedo probarlo con tanta evidencia; pero sospecho que fue Esdras, y ³⁰

²⁰⁴ Appuhn y Misrahi omiten aquí casi tres líneas (7-9), por la repetición de «primum... secundum» (líneas 5-6) para referirse a los dos libros de *Samuel* y de *Reyes*. Las citas bíblicas son de: *Josué*, 1, 1; *Jueces*, 1, 1; *Rut*, 1, 1.

²⁰⁵ Traducimos sin suponer un anacoluta («nationis hebraeae... ipsis»), con lo que el sentido parece incluso más fuerte: para el legislador Moisés, las leyes eran predicciones, es decir, la única garantía de éxito; pero los hebreos separaron las predicciones de las leyes; cfr. pp. 48-9.

fundo mi conjetura en ciertas coincidencias de no poco peso. Dado que el historiador (que ya sabemos que fue uno solo) llega con su historia hasta la liberación de Joaquín y añade, además, que él mismo se sentó durante toda su vida a la mesa del rey (es decir, o de Joaquín o del hijo de Nabucodonosor, ya que el sentido de la frase es totalmente ambiguo)²⁰⁶, se sigue que no fue na-
 [127] die anterior a Esdras. Ahora bien, la Escritura no acredita de nadie que estuviera entonces en su madurez, sino tan sólo de Esdras (ver *Esdras*, 7, 10), que se hubiera dedicado con esmero a investigar y a embellecer la ley de Dios y que fuera escritor (*Ib.*, 6) versado en la ley de Moisés. De ahí que no puedo sospechar que nadie, fuera de Esdras, haya sido el que escribió esos libros.

Por otra parte, en este testimonio sobre Esdras vemos que éste no sólo se esmeró en investigar la ley de Dios, sino también en embellecerla; y en *Nehemías*, 8, 8 se dice también *que leyeron el Libro de la ley de Dios*
 10 *explicado y que aplicaron su inteligencia y comprendieron la Escritura*. Y, como en el libro del *Deuteronomio* no sólo se contiene el *Libro de la ley de Moisés* o la mayor parte del mismo, sino otras muchas cosas que le fueron añadidas para explicarlo mejor, me inclino a pensar que el libro del *Deuteronomio* es aquel *Libro de la ley de Dios* escrito, embellecido y explicado por Esdras, y el que entonces leyeron.

En cuanto a que en este libro, del *Deuteronomio*, se insertan entre paréntesis muchas cosas en vistas a una explicación más plena, ya hemos aducido dos ejemplos de ello al explicar la opinión de Ibn Ezra²⁰⁷. Pero hay otros muchos dignos de mención, por ejemplo, *Deuteronomio*, 2, 12: *y en Seír habitaron antes los horitas, pero los hijos de Esaú los expulsaron y los hicieron des-*
 20 *aparecer de su vista y ocuparon su lugar, igual que hizo Israel en la tierra de su heredad, que Dios le ha entre-*

²⁰⁶ Cfr. 2 Reyes, 25, 27-9.

²⁰⁷ Cfr. *supra*, p. 120 (alusión al lecho de Og y a las aldeas de Jafr).

gado. Efectivamente, esto explica 2, 3-4, a saber, que los hijos de Esaú, al ocupar el monte Seír, que les había tocado en herencia, no lo hallaron deshabitado, sino que lo invadieron y expulsaron de allí a los horitas, que lo habitaban, y los destruyeron, como hicieron los israelitas con los cananeos después de la muerte de Moisés. A modo de paréntesis se inserta también *Deuteronomio*, 10, 6-9 a las palabras de Moisés. En efecto, no hay nadie que no vea que el v. 8, que comienza: *en aquel tiempo separó Dios la tribu de Leví*, debe referirse necesariamente al v. 5, y no a la muerte de Aarón; pues el único motivo de que Esdras la haya introducido aquí, parece ser que Moisés había dicho, en la historia del
 30 becerro que el pueblo había adorado (9, 20), que él había orado por Aarón. Esdras explica, a continuación, que, en aquel tiempo del que habla Moisés, Dios eligió para sí a la tribu de Leví, a fin de mostrar así la causa de su elección y por qué los levitas no fueron llamados a recibir parte de la heredad; después de lo cual, Esdras pro-
 sigue el hilo de la historia con las palabras de Moisés.

A estas razones hay que añadir el prefacio y todos los [128] pasajes que hablan de Moisés en tercera persona²⁰⁸. Aparte de esto, sin duda que Esdras añadió o expresó en otros términos otras muchas cosas para que, aunque nosotros ya no podamos distinguirlas, fueran percibidas más fácilmente por sus contemporáneos. Quiero decir que, si nosotros tuviéramos el mismo *Libro de la ley de Moisés*, estoy seguro que, tanto en las palabras, como en el orden y en las motivaciones de los preceptos, descubriríamos una gran discrepancia. Pues basta comparar el Decálogo de este libro con el Decálogo del *Exodo* (donde se narra ex profeso su historia), para ver que el primero discrepa en todo del segundo²⁰⁹. Y así, el cuarto mandamiento no sólo se prescribe de forma distinta, sino que su formulación es mucho más prolija en 10

²⁰⁸ Cfr. *supra*, p. 121, nota 192.

²⁰⁹ Cfr. *supra*, pp. 18/6-12 y nota 22. Cuarto mandamiento: *Exodo*, 20, 8-11 y *Deuteronomio*, 5, 12-6; décimo mandamiento: *Exodo*, 20, 17 y *Deuteronomio*, 5, 21.

el primero, y su motivación difiere radicalmente de la aducida en el Decálogo del *Exodo*. Finalmente, el orden en que es explicado el décimo mandamiento, también es diferente del del *Exodo*. Pienso, pues, que estas variantes²¹⁰, tanto aquí como en otros pasajes, fueron introducidas, como ya dije, por Esdras, porque él explicó a los hombres de su tiempo la ley de Dios, y que, por consiguiente, éste es el *Libro de la ley de Dios* que él embelleció y explicó.

Pienso, además, que este libro es el primero de todos aquellos que, según he dicho antes, él escribió. Lo supongo así, porque contiene las leyes de la patria, que son indispensables para el pueblo. Y porque, además, este libro no está conectado con el precedente mediante ninguna expresión, como sucede con los otros, sino que
20 comienza con una oración independiente: *ésta son las palabras de Moisés, etc.*²¹¹. Una vez que Esdras terminó ese libro y enseñó las leyes al pueblo, creo que se dedicó a describir toda la historia de la nación hebrea, desde la formación del mundo hasta la máxima destrucción de la ciudad, e insertó a ella, en el lugar oportuno, dicho libro del *Deuteronomio*. Y quizá designó sus primeros cinco libros con el nombre de *Moisés*, porque su contenido principal es la vida de éste y tomó el nombre del tema principal. Y por esta misma razón, dio al sexto el nombre de *Josué*, al séptimo de *Jueces*, al octavo de *Rut*, al noveno y quizá también al décimo de *Samuel* y, finalmente, al undécimo y al duodécimo de los *Reyes*. En orden a saber si Esdras dio el último retoque a esta
30 obra y la completó, como deseaba, véase el capítulo siguiente.

²¹⁰ Spinoza dice «haec» (estas cosas). Pero el contexto demuestra claramente que se trata de adiciones (paréntesis de página 120) y de variantes (Decálogo). De hecho, él habla de «addit» y de «discrepantiam», «discrepare» (pp. 128/3/6/9; cfr. *infra*, pp. 140/32 s.: «varias lectiones»).

²¹¹ El puesto singular del *Deuteronomio* dentro del *Pentateuco* y la unidad de los siete libros históricos entre sí y con el *Pentateuco* son ideas todavía actuales [cfr. Robert-Feuillet (núm. 129), I, p. 273 s., 363 s.].

Cap. IX. Se investigan otros detalles sobre los mismos libros, a saber, si Esdras les dio la última mano y, además, si las notas marginales que se hallan en los códices hebreos, fueron lecturas diferentes

Cuánto nos ayude la disquisición precedente acerca del [129] verdadero escritor de estos libros en orden a entenderlos perfectamente, es fácil de colegir por los mismos pasajes que hemos citado para confirmar nuestra opinión sobre el tema, y que, sin esa interpretación, deberían resultar oscurísimos a todo el mundo. Además del escritor, quedan, sin embargo, en esos mismos libros, otros aspectos dignos de señalar, que la común superstición no
10 permite captar al vulgo. El principal de ellos consiste en que Esdras (lo tendré por el escritor de los susodichos libros, mientras alguien no muestre otro más seguro) no dio la última mano a las narraciones en ellos contenidas, sino que se limitó a recoger historias de diversos autores y, alguna vez, a redactarlas de forma elemental, y las dejó a la posteridad sin haberlas examinado ni ordenado. Qué causas le hayan impedido llevar a cabo con todo detalle esta obra, no puedo adivinarlo, a menos que le haya sorprendido la muerte²¹².

²¹² Spinoza reitera que Esdras es una pura hipótesis (pp. 126-30), de origen antiguo, además (pp. 140/9 ss.).

Mas, aunque nos vemos privados de los antiguos historiadores de los hebreos, el hecho está fuera de toda duda por los escasísimos fragmentos que de ellos nos quedan. Y así, la historia de Ezequías, que comienza en 2 Reyes, 18, 17, fue redactada a partir del relato de Isaías, tal como se lo halló transcrito en las *Crónicas de los reyes de Judá*: de hecho, la leemos completa en el libro de Isaías, que estaba contenido en las *Crónicas de los reyes de Judá* (ver 2 Paralipómenos, 32, 32), contada con las mismas palabras que en el libro de los Reyes, a excepción de muy pocos detalles*. Pero lo único que se puede concluir de ahí, es que se encontraron varias lecturas de ese relato de Isaías, a menos que alguien quiera soñar, también ahí, algún misterio. Además, también el último capítulo de este libro de los Reyes está incluido en Jeremías, cap. 52 y 39-40. Por otra parte, 2 Samuel, 7 lo hallamos reproducido en 1 Paralipómenos, 17; pero podemos detectar que las palabras han sido cambiadas, en varios pasajes; de forma tan sorprendente**, que resulta muy fácil reconocer que esos

n* Por ejemplo, en 2 Reyes, 18, 20 se lee en la segunda persona: (lo) *has dicho, pero sólo de boquilla*, etc. En cambio, en Isaías, 36, 5: yo (lo) dije, *claro que son (puras) palabras, que para la guerra se requiere prudencia y fortaleza*. Y después, en el v. 22, se lee: *pero quizá digáis*, en plural, lo que el ejemplar de Isaías pone en número singular. Por otra parte, en el texto de Isaías, 36, 32 no se leen estas palabras: *una tierra llena de olivos y de miel, para que viváis y no tengáis que morir. No hagáis caso, pues, a Ezequías*. (Por eso no dudo que son palabras supuestas)²¹³. Se encuentran otras muchas lecturas con variantes, entre las cuales nadie logrará determinar cuál debe ser preferida.

n** Por ejemplo, en 2 Samuel, 7, 6 se lee: *he ido errante sin cesar con la tienda y el tabernáculo*. En cambio, 1 Paralipómenos, 17, 5: *y yo estaba de tienda en tienda y de tabernáculo (en tabernáculo)*, por haber cambiado «sin cesar» en «de tienda», «con la tienda» en «en tienda», y «con el tabernáculo» en «de

²¹³ El paréntesis, en francés. El texto subrayado (2 Reyes, 18, 32), en Spinoza sólo en hebreo, lo traducimos de la versión alemana de Gebhardt. Appuhn y Misrahi omiten la mención a Ezequías; Reus y Vargas/Zozaya, todo.

dos capítulos han sido tomados de dos ejemplares diferentes de la historia de Natán. Finalmente, la genealogía de los reyes de Idumea, que se recoge en Génesis, 36, 31 ss., se desarrolla con las mismas palabras en 1 Paralipómenos, 1, siendo así que nos consta que el autor de este libro tomó los hechos por él relatados de otros historiadores, y no de los doce libros que hemos atribuido a Esdras. No cabe duda, pues, que, si tuviéramos los textos mismos de los historiadores, tendríamos noticia directa del asunto; pero, al carecer, como hemos dicho, de ellos, no nos queda otro recurso que examinar las historias mismas, es decir, su orden y concatenación, sus diversas repeticiones y, en fin, sus discrepancias en el cómputo de los años, para poder juzgar del resto.

Examinemos, pues, a fondo esas historias o, al menos, las principales, comenzando por la historia de Judá y de Tamar que se halla en Génesis, 38. El historiador comienza así su relato: *sucedio, sin embargo, en aquel tiempo, que Judá se separó de sus hermanos*. Ese tiempo hay que referirlo a otro* del que se acaba de hablar; pero no se puede referir a aquel del que se trata inmediatamente antes en el Génesis, puesto que desde el momento

un tabernáculo a otro». Además, en 2 Samuel, 7, 10 se lee: *para aslignirle*; y en 1 Paralipómenos, 17, 9: *para triturarle*. Muchas discrepancias de este tipo, y más importantes que las señaladas, podrá observarlas cualquiera que no sea totalmente ciego ni esté completamente loco, con sólo leer estos capítulos.

n* Que este texto no se refiere a otro tiempo, distinto de aquel en que José fue vendido, consta, no sólo por el contexto de la misma oración, sino también por la edad del mismo Judá. Este estaba entonces, a lo más, en los 22 años, si es que se puede hacer un cálculo a partir de su historia precedente. En efecto, por Génesis, 29, v. último consta que Judá nació el año décimo, contando desde que el patriarca Jacob comenzara a servir a Labán, y José, en cambio, el año catorce. Dado, pues, que José, cuando fue vendido, estaba en los 17 años, Judá tenía entonces 21 años de edad, no más. Por consiguiente, quienes creen que esta ausencia tan prolongada de Judá de su casa tuvo lugar antes de ser vendido José, se empeñan en halagarse a sí mismos y están más solícitos que seguros de la divinidad de la Escritura.

en que José fue llevado a Egipto hasta aquel en que el patriarca Jacob partió para allí con toda su familia, no podemos contar más de veintidós años. En efecto, cuando José fue vendido por sus hermanos, tenía diecisiete años 20 y, cuando el faraón lo mandó llamar de la prisión, tenía treinta; si les añadimos siete años de fertilidad y dos de hambre, harán en total veintidós años. Ahora bien, nadie puede concebir que en este espacio de tiempo hayan sucedido tantas cosas, a saber: que Judá haya tenido de la única mujer, que entonces tomara, tres hijos, uno tras otro; que el mayor de ellos, cuando creyó tener edad para ello, tomara a Tamar por esposa y que, cuando él murió, el segundo contrajera matrimonio con ella, el cual murió también; y que, después de todo eso, el mismo Judá tuviera relaciones con su nuera Tamar, sin saber que lo era, de la que tuvo dos hijos de un solo parto, y que uno de ellos llegara a ser padre dentro 30 del período de tiempo señalado. Dado, pues, que todos estos hechos no se pueden referir al tiempo de que se habla en el *Génesis*, hay que referirlos necesariamente a otro, del que se trataba inmediatamente antes en otro libro. Por consiguiente, Esdras se limitó a transcribir esta historia y la insertó en el *Génesis* sin examinarla.

Pero hay que confesar que, no sólo este capítulo, sino toda la historia de José y de Jacob ha sido tomada y [131] transcrita de diversos historiadores: ¡tan poco coherente la vemos! *Génesis*, 47 cuenta, en efecto, que Jacob tenía 130 años, cuando José le llevó al faraón para que le saludara por primera vez. Si sustraemos los 22 años que Jacob pasó apenado por la ausencia de José, los 17 que tenía José cuando fue vendido, y finalmente los 7 que sirvió por Raquel, se comprobará que era de edad muy avanzada, exactamente de 84 años, cuando tomó por esposa a Lía; y que, por el contrario, Dina apenas tenía siete años *, cuando fue violada por Siquem; que Simeón

n* Lo que algunos piensan: que Jacob pasó ocho o diez años en su peregrinación, entre Mesopotamia y Betel, huele a necesidad, sea dicho sin ofender a Ibn Ezra. Pues, no sólo por el deseo, que sin duda le impulsaba, de ver a sus padres, de edad

y Leví apenas tenían doce y once años, cuando saquearon 10 toda aquella ciudad y pasaron a cuchillo a todos sus ciudadanos.

Mas no es necesario recoger aquí todos los detalles del *Pentateuco*. Basta fijarse un poco en que, en estos cinco libros, se lo describe todo desordenadamente, mezclando los preceptos con las historias, que no se tiene en cuenta la diversidad de tiempo y que una y la misma historia se repite con frecuencia y, alguna vez, con divergencias, para reconocer sin dificultad que todos esos textos fueron recogidos y almacenados sin orden, con la intención de examinarlos más fácilmente después y ponerlos en orden.

Y esto no vale sólo para lo que se dice en estos cinco 20 libros; ya que las demás historias, contenidas en los otros siete libros y que llegan hasta la destrucción de la ciudad, fueron coleccionadas de la misma forma. Cualquiera ve,

muy avanzada, sino también y principalmente a fin de cumplir el voto que había hecho, cuando huía de su hermano (ver *Génesis*, 28, 10 y 31, 13 y 35, 1), se apresuró cuanto pudo. Y también Dios le instó a que lo hiciera (*Génesis*, 31, 3 y 13) y le prometió su auxilio para que le guiara hacia su patria. Mas, si éstas parecen conjeturas más bien que razones, concedamos que Jacob empleó ocho o diez años, o incluso más, si se quiere, en este corto camino, llevado por un hado peor que el de Ulises. Al menos, no se podrá negar que Benjamín nació el último año de esta peregrinación, es decir, según la opinión y la hipótesis contraria, cuando José tenía quince o dieciséis años, arriba o abajo. En efecto, Jacob se despidió de Labán cuando José tenía siete años. Por otra parte, desde el año 17.º de José hasta el año en que el patriarca (Jacob) se fue a Egipto, no van más de 22 años, como hemos probado en este mismo capítulo. Por consiguiente, Benjamín en ese mismo momento, es decir, cuando se fue a Egipto, tenía, a lo más, veintitrés o veinticuatro años. Y consta que, a tan joven edad, ya tenía nietos (ver *Génesis*, 45, 21 y compárese con *Números*, 26, 38-40 y con *1 Paralipómenos*, 8, 1s.). En efecto, Beló, primogénito de Benjamín, ya había tenido dos hijos: Arde y Naamán. Ahora bien, esto no es más ilógico que el afirmar que Dina fuera violada a los siete años y lo demás que hemos deducido del desarrollo de esta historia. De donde resulta claro que los hombres inexpertos, cuando intentan deshacer un nudo, hacen otros y complican y enredan más las cosas.

Eglón, rey de Moab, reinó sobre el pueblo.	18	»
Aod y Samgar lo juzgaron	80	»
Jabín, rey de Canaán, volvió a dominar sobre el pueblo	20	»
El pueblo estuvo en paz después	40	»
Estuvo después en poder de los madianitas.	7	»
En tiempo de Gedeón vivió en libertad ...	40	»
Bajo el dominio de Abimelec	3	»
²⁰ Tola, hijo de Pua, juzgó	23	»
Jair	22	»
El pueblo estuvo de nuevo bajo el poder de los filisteos y de los ammonitas	18	»
Jefté juzgó	6	»
Abasán, el belemita	7	»
Elón, el sebulomita	10	»
Abdón, el piratonita	8	»
El pueblo volvió a estar bajo el poder de los filisteos	40	»
Sansón juzgó *	20	»

suma de 480 años, 4 años del reinado de Salomón, 70 años de la vida de David y 40 años que pasaron en los desiertos, resultará que David nació el año 356 después del paso del Jordán; y, por tanto, es necesario que su padre, su abuelo, su bisabuelo y su tatarabuelo hayan engendrado hijos, cuando cada uno de ellos tenían 90 años de edad.

n* Cabe dudar si estos veinte años se deben sumar a los años de libertad o si están comprendidos en los cuarenta que inmediatamente preceden y durante los cuales el pueblo estuvo bajo el yugo de los filisteos. Confieso que esto último me parece más verosímil y que es más creíble que los hebreos recobraran su libertad cuando los más principales de los filisteos perecieron con Sansón. De ahí que yo he sumado estos veinte años de Sansón a aquellos que duró el yugo de los filisteos únicamente porque Sansón nació después que los filisteos habían sometido a los hebreos. Aparte de que en el *Tratado del Sábado* se menciona cierto libro de *Jerusalén* en el que se dice que Sansón juzgó al pueblo cuarenta años. Pero no se trata sólo de esos años ²¹⁶.

²¹⁶ Texto original de la versión francesa de Saint Glain. La nota latina dice simplemente: «Samson natus est postquam philistaei hebraeos subegerant». Cabe dudar si la nota francesa añade algo o incluso si es correcta, ya que sólo parece exponer dos

Helí	40	»
El pueblo estuvo otra vez bajo el dominio de los filisteos, antes de ser liberado por Samuel	20	»
David reinó	40	»
Salomón, antes de edificar el Templo ...	4	»
<hr/>		
Sumados todos estos años, dan en total ...	580	»

A esa cantidad hay que añadirle, además, los años ^[133] de aquella época en que, tras la muerte de Josué, el Estado de los hebreos vivió próspero, hasta que fue sometido por Cusán Risataim. Y pienso que su número fue elevado, puesto que no me puedo convencer de que, inmediatamente después de la muerte de Josué, perecieran en un instante todos los que habían visto sus portentos; ni que sus sucesores prescindieran, en un abrir y cerrar de ojos, de las leyes y cayeran de la suprema virtud a la ínfima maldad y dejadez; ni, en fin, que Cusán Risataim los sometiera en un dicho y hecho. Por el contrario, como todos estos hechos casi exigen cada uno la vida de un hombre ²¹⁷, no cabe duda que la Escritura, en *Jueces*, 2, 7, 9-10, resumió las historias ¹⁰ de muchos años, cuyo contenido pasó en silencio. Hay que añadir, por otra parte, los años durante los cuales fue juez Samuel, y cuyo número no consta en la Escritura.

A lo anterior hay que añadir también los años del reinado de Saúl, que he omitido en el cómputo anterior, porque no está suficientemente claro por su historia cuántos años reinó. Es cierto que en *I Samuel*, 13, 1 se dice que reinó dos años; pero, aparte de que ese

objeciones: la libertad de los judíos se inicia con la muerte de Sansón y éste juzgó al pueblo durante cuarenta años. Si ése es su sentido, contiene una crítica al cómputo bíblico (*Jueces*, 16, 31). Indiquemos que, desde Cusain Risataim hasta Sansón, el cómputo está tomado de *Jueces*, 1-15.

²¹⁷ El texto latino dice: «aetatem fere». Reus traduce «poco menos que un siglo» y Vargas/Zozaya «cerca de un siglo entero».

texto está cortado, por la misma historia colegimos un número de años más elevado. Que el texto esté cortado, no puede dudarlo nadie que haya saludado, tan sólo desde la puerta, la lengua hebrea. Comienza así, 20 en efecto: (un) año tenía Saúl, cuando reinó, y reinó durante dos años sobre Israel. ¿Quién no ve, digo yo, que se ha omitido el número de años que tenía Saúl, cuando alcanzó el poder real? En cuanto a que de la historia misma se deduzca un número mayor de años, no creo tampoco que nadie lo ponga en duda. De hecho, en *I Samuel*, 27, 7 se dice que David permaneció durante un año y cuatro meses entre los filisteos, a donde había ido huyendo de Saúl; el resto, por tanto, debió suceder, según este cómputo, en el espacio de ocho meses, cosa que no creo que nadie admita. Josefo, al menos, al final del libro sexto de las *Antigüedades*, corrige así el texto: *Saúl reinó, pues, diez años en vida* 30 *de Samuel y dos años después de su muerte*. Más aún, toda esta historia del capítulo 13 no está en absoluto de acuerdo con cuanto precede. Al final del capítulo VII se dice que los filisteos tan derrotados fueron por los hebreos, que, en vida de Samuel, no se atrevieron a cruzar la frontera de Israel; aquí, en cambio, se dice que (en vida de Samuel) los hebreos fueron invadidos por los filisteos, los cuales les habían reducido a tal mi- [134] sería y pobreza, que ni tenían armas con que poder defenderse de ellos ni medios para fabricarlas. Sudaría tinta, si me empeñara en conciliar todas estas historias que se hallan en este primer libro de *Samuel*, de suerte que pareciera que todas fueron redactadas y ordenadas por un mismo historiador. Pero vuelvo a mi tema. La conclusión es que al cómputo anterior hay que añadirle los años del reinado de Saúl.

Al cómputo precedente hay que añadir, finalmente, los años de anarquía de los hebreos, porque no constan por la misma Escritura. Quiero decir que no me consta en qué tiempo sucedió lo que se narra desde *Jueces*, 17 hasta el final del libro.

Por todas estas razones se sigue, pues, clarísima- 10 mente, que ni consta por los mismos relatos el verdadero cómputo de los años, ni concuerdan los diversos relatos en torno a uno solo, sino que hay que suponer que son muy diferentes; y, por tanto, hay que reconocer que estas distintas historias fueron recogidas de distintos escritores y que todavía no han sido ordenadas ni examinadas.

Tampoco parece que fuera menor la discrepancia, en cuanto al cómputo de los años en los libros de las *Crónicas de los reyes de Judá* y en los libros de las *Crónicas de los reyes de Israel*. Efectivamente, en las *Crónicas de los reyes de Israel* se decía que Joram, hijo de Ajab, había comenzado a reinar el año segundo del reinado de Joram, hijo de Josafat (ver *2 Reyes*, 1, 17). En cambio, en las *Crónicas de los reyes de Judá* se decía que Joram, hijo de Josafat, había comenzado a reinar el 20 año quinto del reinado de Joram, hijo de Ajab (ver *Ib.*, 8, 16). Y, si alguien quiere, además, comparar las historias del libro de los *Paralipómenos* con las de los libros de los *Reyes*, encontrará muchas discrepancias similares, que no es necesario recoger aquí y menos todavía las lucubraciones con que los autores se esfuerzan por conciliar dichas historias.

Claro que los rabinos deliran completamente; y los comentaristas que he leído, sueñan, fantasean e incluso corrompen de raíz la misma lengua. Cuando, por ejemplo, en *2 Paralipómenos* se dice que *Ocozías tenía cuarenta y dos años cuando comenzó a reinar* 218, se imaginan algunos que estos años comienzan con el reinado de Omrí y no en el nacimiento de Ocozías. Desde luego, 30 si pudieran probar que la intención del autor de los *Paralipómenos* fue ésa, yo no dudaría en afirmar que él no sabía hablar. Siguiendo ese método, inventan otras muchas cosas que, de ser verdaderas, diría sin reservas que los antiguos hebreos habrían ignorado tanto

²¹⁸ *2 Paralipómenos*, 22, 2.

su lengua como toda norma de narración, y no admitiría ni criterio ni norma alguna para interpretar la Escritura, sino que a cada cual le estaría permitido imaginarlo todo a su antojo.

[135] Y, si alguien piensa que yo hablo aquí demasiado en general y sin fundamento suficiente, le ruego que haga lo siguiente: que nos muestre en esas historias un orden determinado, que pudieran imitarlo sin grandes fallos los historiadores en sus cronologías; y que, al tiempo que se esfuerza en interpretar y conciliar esas historias, observe sus construcciones y modos de hablar, de disponer y ensamblar las oraciones, y los explique de forma tan estricta, que también nosotros podamos imitar con nuestros escritos lo que ellos dicen en sus explicaciones*. A quien lo logre, le estrecharé inmediatamente la mano y será para mí el gran Apolo. Pues confieso que, aunque lo he buscado largo tiempo, jamás he podido conseguir nada similar. Y aún puedo añadir que yo no escribo nada aquí que no haya meditado larga y reiteradamente y que, pese a haber sido imbuido desde mi niñez en las opiniones corrientes acerca de la Escritura, no he podido menos, finalmente, de admitir lo que acabo de decir. Pero no hay por qué entretener largamente al lector con esto y proponerle una tarea irrealizable. Era, sin embargo, necesario plantear el problema, a fin de que quedara más claro mi pensamiento. Paso, pues, a exponer los otros puntos que me propuse acerca de la fortuna de estos libros.

Pues debo subrayar lo que acabo de decir: que estos libros no fueron guardados, por quienes los recibieron, con la diligencia suficiente para que no se deslizaran errores en ellos. Los escribas más antiguos señalaron, en efecto, varias lecturas dudosas y, además, algunos pasajes recortados, aunque no todos. Si esas faltas son tan importantes que desconciertan al lector, no entro en ello; creo, más bien, que son de escasa relevancia, al menos para quienes leen la Escritura con espíritu un

n* Por lo demás, corrigen las palabras de la Escritura más que las explican.

tanto liberal. Una cosa puedo afirmar con certeza: que yo no he descubierto ninguna errata ni ninguna diversidad de lecturas sobre temas morales, que pudieran hacerlos oscuros o dudosos.

Pero la mayor parte de los intérpretes no admiten siquiera que se haya filtrado algún defecto en los otros temas, sino que defienden que Dios ha conservado todos los sagrados Libros con una providencia singular. En cuanto a las diversas lecturas, dicen que son signo de profundísimos misterios; y lo mismo pretenden respecto a los asteriscos, de los que existen 28 en medio de párrafo, e incluso creen que se esconden grandes secretos en los rasgos de las letras. La verdad es que desconozco si todo esto lo han dicho por necesidad o por devoción de viejas. Una cosa sé, al menos: que yo no he leído en ellos nada que recordara la ciencia del arcano, sino tan sólo pensamientos pueriles. He leído también e incluso he conocido a algunos cabalistas²¹⁹, afi- [136] cionados a la broma, pero jamás he logrado admirar lo suficiente su locura.

En cuanto a que se hayan deslizado, como hemos dicho, erratas en los textos, creo que nadie de sano juicio lo pueda dudar, si lee aquel texto de Saúl, que ya hemos citado (*I Samuel*, 13, 1), así como *2 Samuel*, 6, 2, que dice: *y se levantó David y fue, junto con todos los que le acompañaban del pueblo de Judá, para traer de allí el arca de Dios*. Tampoco hay nadie que no vea aquí que se ha omitido el lugar a donde iban y de donde

²¹⁹ Spinoza se refiere claramente a lecturas y a personas conocidas. Una de éstas puede ser su maestro (?) Menaseh ben Israel (1604-67), autor de *Esperança de Israel* (Amsterdam, 1650), que él poseía en su biblioteca. La Cábala podía serle conocida por una obra que él tenía de Joseph del Médigo, *Collectanea decerpta... ex magno opere Absconditorum sapientiae*, etc., Basel (s.f.); o por las recientes ediciones del *Sefer* y del *Zohar*; o por la traducción hebrea de las obras de Abraham Alonso Herrera: *Puerta del cielo* y *Casa de Dios*, hecha por Isaac Aboab (1655); cfr. K. O. Meinsma (núm. 105), pp. 82-3 (89); Dujovne (número 55), II, 144-6.